

# LA ORADORA

Ruhiz Pedregosa

Image not found.

## Capítulo 1

Desde luego, no entraba en sus planes la posibilidad de afrontar un nuevo fracaso. Se acercaba la hora prevista para la conferencia y, al no haber podido dormir su siesta habitual, se encontraba algo molesta y cansada, estado poco propicio para enfrentarse a un público predisposto, como es obligación de todo público selecto, a criticarla sin piedad, a desacreditar su trabajo si así lo creía oportuno, de modo que se esforzaba por hallar algún motivo para concentrarse y olvidar la tensión nerviosa que, de no aliviarse, acabaría obcecándola e impidiéndole recuperar el ánimo. Y ya lo tenía aprendido: si se predisponía para fracasar, éste sería finalmente el resultado inevitable.

Recorrió con la mirada los apretujados estantes de la biblioteca, adentrándose voluntariamente en los recuerdos evocados por los lomos polvorientos de aquéllos volúmenes que parecían decirle algo importante, eso sí, cada día con menor ahínco, acerca de un pasado ya silenciado bajo las preciosas y nobles encuadernaciones. Inmersa como estaba en ese tiempo en el cual el aprendizaje era su único fin y obligación, los tendones se le aflojaron por unos instantes, pero enseguida su mente, obedeciendo a uno de esos procesos incontrolables e inesperados, retomó la imagen de la sala de conferencias, vacía y demoledora en su quietud. Y a la par su corazón reanudaba el bombeo acelerado que lo acercaba a los límites del infarto.

En otro de esos momentos flacos de la vida en los cuales los episodios más ingratos y vergonzosos del pasado se empecinan en asediarnos, regresaron a ella ciertos fragmentos de su experiencia con un viejo profesor reencontrado varios años después de su licenciatura. Siempre lo había diferenciado de los demás profesores, considerándolo como alguien relevante en su desarrollo personal y lo admiraba con especial devoción, de forma que cuando se ofreció para ayudarla en cuanto necesitase, un desafortunado día en que lo encontró por casualidad en un café, ella se sintió la mujer más dichosa y afortunada sobre la tierra. No se resistió a abordarlo y, como él se mostrara tan atento y amable, aprovechó para comentarle que estaba atascada con su último proyecto y no le vendría mal su consejo. A partir de entonces comenzaron a citarse con frecuencia, él en su papel de tutor y ella en el de aplicada pupila, pero poco a poco fue adueñándose de una forma tan imprevista y demoledora de su corazón devoto que, cuando quiso darse cuenta, ya lo tenía instalado en su casa, permitiéndole explorar a sus anchas sus más íntimos recovecos, tanto de la casa como de ella misma.

Esto no lo había contemplado en sus planes, y no le seducía la idea de ser poseída por un hombre medio senil y con tan poco atractivo para su gusto, pero se dijo a sí misma que si lo dejaba hacer podría seguir sacando provecho de él; tal vez apoyo y ánimos para superar su

inseguridad.

No es que le desagradara categóricamente. Le encantaba, por ejemplo, acariciar aquella frente plegada con gruesos surcos labrados por la acumulación de saber y vivencias, ampliada por el valle despoblado de una calvicie en avance, y que tanto le evocaba a su padre. Pero cuando se prodigaba en escarceos más profundos, desatado por la lujuria, solamente la convicción de estar compartiendo momentos fundamentales de su existencia con un gran hombre le hacían soportar el trance con compostura y entrega, pues no la movía ni el más mínimo atisbo de deseo para ceder a sus requerimientos sexuales.

Aquello no duró mucho, unas semanas apenas, pues el profesor, guiado por su buen juicio, optó por volver con su mujer, dejando sobre la almohada el olor putrefacto de sus babas, y en su alma la mala conciencia de haberse prostituido por un deslumbramiento infantil, ilusorio, habiendo recibido como único pago unas pobres monedas de saber, porque su relación sentimental, o más bien puramente sexual, podía definirse como un arduo y despreciable trabajo exento del más mínimo placer pues eso era conseguir inflar aquél fuelle vencido que luego parecía eyacular con dolor tras un esfuerzo proverbial, tan angustioso como placentero. Probablemente fuera esta la principal razón que lo impulsara a abandonarla, pues de haber persistido en semejante desenfreno, y a sus años, hubiera descontado muchos de la cuenta ya en apure de su vida.

Se estaba contemplando largamente en el espejo del dormitorio perfectamente iluminado por unos focos dispuestos en sus vértices superiores, sin reconocer ya sobre las páginas de su piel ningún vestigio de aquél anciano, ni de ninguno de sus otros amantes eventuales. Solo se podía ver su rostro blanco y preocupado, sus hombros que brillaban bajo la intensa luz halógena, su pecho desnudo en toda su simplicidad, sin contaminación ajena, tan íntimo y odioso por su achicada imperfección, pero totalmente suyo al fin y al cabo, sin que nadie hubiera podido arrebatárselo ni cambiárselo de forma, a pesar de los intentos.

¿Por qué no se contentaba solo con escribir libros?, se había preguntado en más de una ocasión. Sin duda, pensaba, era por culpa de esa incertidumbre que le quedaba al no poder conocer fehacientemente si sus obras eran leídas por quienes las compraban o acababan en un estante para rellenar espacio en la falsa ostentación cultural de sus propietarios. Ella necesitaba tener la certeza de que sus pensamientos eran recibidos y cuestionados por un público real, y eso sólo lo encontraba posible transmitiéndoselos directamente y de forma verbal. La única manera de no hundirse en los lodazales de la soledad tremenda de la escritura consistía para ella en saber, sin lugar a dudas, que al escribir estaba conversando con alguien diferente a sí misma. Y ese imperativo de plantarse frente a una audiencia dispuesta a atender a sus exposiciones, manifestando de diversas y sutiles formas su aprobación o desacuerdo,

era lo que la impulsaba a luchar tan tenazmente contra su incapacidad para hablar en público. Desde siempre, cuando se encontraba en grupo, era ella la primera en quedarse sin palabras.

Se asomó al ventanal del salón, desde donde podía abarcar la panorámica de gran parte del vecindario. En ese observatorio privilegiado solía perder largas horas espiando el ir y venir de la gente minimizada por la distancia, y el fluir ágil y rápido de la circulación rodada, comparables a corrientes frenéticas hacia la incertidumbre; aunque cada cual, por su parte, pareciera saber con exactitud a dónde se dirige en todo momento.

Era una cruda tarde de otoño, teñida con un tono albero de melancolía. Ante las casas recogidas sobre sí mismas permanecían detenidos en abigarradas filas los automóviles con los motores fríos, sin ganas de arrancar por mucho tiempo, lo cual hacía suponer la celebración de múltiples tertulias familiares entorno a las mesas bien provistas de chacinas, vino y cerveza. Qué cuadro tan grato y acogedor el de una familia charlando acaloradamente sobre cuestiones intrascendentes, animados por la euforia avivada por el tinto peleón. Sin embargo, ella no echaba en falta estas reuniones familiares, las consideraba una obligación evitable. Estaba convencida de haber venido a este mundo para no vivir semejantes episodios cotidianos, sino para contarlos. Sola en su observatorio se empeñaba en quitarle importancia al disfrute del calor humano para otorgársela a su misántropa dedicación.

En la mesa del escritorio descansaban los folios severos —aunque ella los había escrito, qué difícil resultaba memorizarlos— con los apuntes para la conferencia, mientras se debatía angustiada ante el zapatero atestado de pares casi idénticos, lo cual dificultaba aún más la elección: todos de tacón alto, para ganar altura y arrogancia, negros, de gran finura y sencillez, según su gusto por lo discreto. Probándose unos por los que finalmente se había decantado, no acertaba a abrocharse la hebilla. Tal era su estado de nerviosismo que las manos le temblaban, mostrándose torpes y desobedientes a sus órdenes. Cómo echaba de menos a un marido en esos momentos tan fastidiosos en los que un hombre colaborador viene como anillo al dedo.

Para aquélla ocasión había decidido ofrecer una imagen de pulcritud y elegancia, en contra de su tendencia a mostrarse natural y desenfadada, tal cual se consideraba. Tenía puestos sus cinco sentidos en la elección del vestido y del peinado, y ensayaba hasta el hastío los ademanes y las poses que para cada momento del discurso consideraba convenientes, con el fin de enfatizarlo y atraer la atención de los asistentes y, hasta donde se lo permitiera su innata predilección por la simplicidad, conferirle cierta grandilocuencia. Sentirse y mostrarse superior a ellos constituía sin lugar a dudas la clave para ser escuchada con respeto. “Debería escribir un manual del buen orador”, pensó; y esta idea imprevista y disparatada le proporcionó un amago de satisfacción, restándole al mismo tiempo

importancia al asunto que le concernía de momento. Por eso, quizás, la anotó en su agenda. Sí, tenía una agenda, pero la consultaba raras veces; cuando la abría era para anotar algo y nada más.

Viendo que se acercaba sin remedio el momento crucial, puso un disco de Jan Tiersen como enésimo recurso para alcanzar la calma necesaria que le garantizara una buena compostura. Consideraba la música como el mejor remedio para apaciguar el alma. A ella nunca le había fallado. Al empezar a sonar el primer tema se dijo a sí misma: "¿Cómo voy a tener marido gustándome esta música que sintoniza con mi frecuencia interior, incitándome a indagar sin remedio en mi auténtica forma de ser, desenterrando mi temor a vivir sometida a alguien más fuerte que yo?". Siempre había tenido una idea muy estandarizada del matrimonio, según sus experiencias sufridas con los hombres, y no se hacía a la idea de que la vida en pareja pudiera ofrecer gratificaciones suficientes como para compensar sus inconvenientes. Encontrar un marido a medida se le hacía más difícil aún que decidirse por el vestido adecuado a cada acontecimiento de importancia notoria en su vida social; y eso que a ella esas banalidades siempre la habían traído sin cuidado. Pero como la gente se fija tanto en ellas, pensaba, se hacía necesario corresponderles de algún modo para no caer en desgracia.

Una vez vestida totalmente, y no por haber llegado a una elección satisfactoria de la indumentaria, sino por la premura del tiempo, tomó los papeles casi echados en olvido y dio un último repaso a su contenido mientras el piano cristalino, casi hablándole ya estaba obrando el efecto sedante que era de esperar. Chasqueó la lengua y negó a medias con la cabeza en señal de desagrado al apercibirse, cuando ya no había remedio, de la enorme carga de adverbios terminados en -mente que agobiaba el discurso. Pero qué hacer con los adverbios. Se prodigaban como una faceta más de su estilo y nunca la había sabido corregir. De cualquier modo ya poco se podía hacer sino llevar a cabo con la mayor dignidad posible la labor fraguada durante tantos días de cambios y correcciones. Quizás lo mejor sería dejar las obras tal como surgen por primera vez y ahorrarse así molestias y quehaceres que nunca acaban de satisfacer plenamente. "La escritura original es siempre más imperfecta, menos coherente y rica, pero, por lo general, mucho más sincera", había escrito en algún pasaje de su conferencia.

Por fin se estaba encaminando hacia la sala donde el público esperaba su aparición. El miedo aumentaba con la intensidad sobrada como para hacerle dar media vuelta y dejar plantados a los asistentes, pero podía más su pundonor, y más aún la necesidad de poner fin de una vez por todas al suplicio soportado durante todo el día. Además sabía por experiencia que, si dejaba incumplida su tarea, luego se atormentaría doblemente: Por su cobardía y por desmerecerse ante quienes nunca habían creído en su valía. Por tanto la suerte estaba echada, como se suele decir. Traspasó la cortinilla que daba acceso al estrado, avanzando

con pasos ronceros, medio desfallecida por el peso del pavor que desestabilizaba sus piernas y se congestionaba en su garganta como una masa pegajosa, intragable, amenazando con ahogar sus palabras antes de ser lanzadas al aire. Parecía como si la parte lúcida de su cuerpo la estuviera abandonando, acobardada, para esconderse detrás de la cortinilla, a salvo de la luz que la convertía en el centro de todas las miradas. El estrado estaba intensamente iluminado por un enorme foco fijado en el techo y dos frontales dispuestos a ras de suelo, que alumbraban directamente su rostro. Como la zona de asientos permanecía a oscuras no podía ver a los presentes, aunque sí presentía sus miradas fijas y malintencionadas, rayando la perversidad, y su respiración unificada amenazando asfixiarla con una bocanada cómplice de caliente brisa pulmonar. Notaba cómo consumían ávidamente todo el oxígeno de la sala para impedir que ella respirase con normalidad. El vestido, demasiado prieto, oprimía en exceso su pecho, aumentando la sensación de agobio. Por su cara de marmolina, más pálida aún por el asedio níveo de los focos, rodaban parsimoniosamente dos o tres gotas de sudor, indiscretas, sin acabar nunca de caer, como lágrimas de desesperación. Debería haberse puesto un vestido más holgado, más discreto; aquél ceñía descaradamente su sinuosa figura y empezaba a temer que la atención se concentrara mayormente en las anécdotas de su cuerpo y no en el contenido de la disertación: por la parte masculina intentando desnudarla del todo con la imaginación, y por la femenina procurando revestirla con la cal ácida de la envidia. Esta sospecha la azoraba hasta el extremo de hacerle perder el punto cardinal de su situación. Le pareció de pronto que llevaba largo rato callada, estupefacta, y el público se estaría impacientando, por lo cual era preciso introducirse sin más dilación. Tomó el vaso de agua de rigor y se enjugó la boca ya reseca antes de comenzar a hablar. Respirando profundamente retomó cierta compostura, disponiéndose a acometer la difícil labor que le aguardaba. En ese momento se iluminó la totalidad de la estancia, pudiendo distinguir, en la medida que sus ojos medio cegados por el exceso de luz se lo permitían, la ubicación de cada uno de los asistentes, al tiempo que les dirigía un saludo de bienvenida y se prodigaba en un escueto prefacio dicho de memoria y con una fluidez inusitada.

Hizo una breve pausa para acabar de centrarse en su papel y hacer un somero recuento de los presentes.

En primera fila, tal como lo había dispuesto, se encontraban sus allegados incondicionales, los preferidos y fieles que no podían faltar, destacando entre todos su abuela materna, con esa eterna sombra de ternura y melancolía inalterables, junto a la imagen inseparable del abuelo, de rostro enjuto y trivial, con su mirada acérrima que hablaba de su inquebrantable rectitud moral. A continuación, en una de sus más memorables instantáneas, el hermano, también solterón entrado en años, su crítico más feroz, cariñosamente feroz se entiende, cuya figura se veía oscurecida por el cuadro rutilante de una bella mujer, su inseparable

compañera de la universidad que, después de haberse casado hacía ya bastantes años, no había vuelto a ver. Y unas filas por detrás de otros familiares menos relevantes en el orden de sus preferencias —los padres no figuraban entre los invitados; nunca habían asistido a sus actos públicos y ella tampoco los había echado en falta. Mas bien agradecía esta actitud, pues sospechaba que la potestad de su presencia pudiera afectarle negativamente— descollaba la silueta recortada de un gran cartel del saxofonista Ornette Coleman, recuerdo de su viaje a Nueva York. También, diferenciándose de otros muchos asistentes anónimos, o irreconocibles desde su posición —tampoco recordaba el orden en que estaba dispuesto cada cual— se erguía, incólume, el busto de Sócrates con los ojos en blanco, que a lo largo de muchas generaciones, como un emblema del saber familiar, había permanecido junto a sus ascendientes y ahora contaba en su haber, dando constancia de la importancia del pensamiento clásico. Y no muy lejos, en la fila posterior, un Quijote de bronce sin Rocinante ni Sancho, recuerdo fundamental de sus obligadas lecturas de juventud, cuando empezó a darse cuenta que un buen libro la seducía mucho más que salir en busca de amigos y algo más los fines de semana, como solían hacer todas las chicas de su edad.

De súbito la alarma de la realidad la apartó de su prolongado escrutinio. Los segundos de silencio se estaban haciendo interminables y la impaciencia se dejaba sentir desde el otro lado. Además, no era cuestión de mostrarse indecisa la audiencia ni hacerla impacientar, así que empezó a dar salida a cuanto había memorizado concienzudamente, pronunciando cada frase con fluidez y credibilidad, y cuando olvidaba algún concepto inmediatamente le salía al paso alguna ocurrencia para disimular su falta. El discurso iba tomando cuerpo con gran ilación para sorpresa propia y de muchos de los presentes. Se sintió tan desenvuelta y segura de sí misma que toda su anterior zozobra se diluyó en la densidad de sus palabras, las que iba repitiendo maquinalmente y las que improvisaba con agilidad de gacela verbosa, ya a propósito, ya por necesidad, y cuyo objetivo solo era uno: embelesar a cuantos la escuchaban. Por fin estaba transmitiendo en voz alta y firme sus ideas a una multitud de oyentes que las acogía en total silencio, como imágenes congeladas incapaces de emitir la menor crítica o señal de disentimiento, impresionados por la inesperada locuacidad de su disertación.

Tampoco aplaudieron al final.